



EL MANUSCRITO
DEL TEMPLO

ANTONI CARRÈRE GARRIGA

Sergi Montadas, jefe de las excavaciones arqueológicas que se desarrollan en el castillo de Miravet, desaparece del mapa sin dejar rastro. Raquel Laguardia, pareja del arqueólogo, se convierte de repente en la principal sospechosa de la desaparición y en la víctima de una inquietante lucha de poderes. Decidida a llegar hasta el final, Raquel se ve inmersa en una trama trepidante donde nada es lo que parece. Será el inicio de una aventura que transcurre a caballo entre las tierras del Ebro y Barcelona, con el misterioso pasado del castillo como trasfondo. Su particular investigación la llevará a conocer de primera mano la enigmática historia que esconde el castillo, y a desvelar el papel capital de la fortaleza en el universo mítico de los templarios. Un subinspector desconfiado, un publicista seductor y un cura de pueblo son algunos de los inesperados compañeros de viaje de Raquel en su investigación. Poco a poco descubrirá que su enemigo es mucho más poderoso de lo que imaginaba, y que la verdad puede ser un tesoro demasiado valioso como para ser revelado.

EL MANUSCRITO DEL TEMPLO

Antonio Carrère Garriga

La chica de mirada limpia y clara como una mañana de primavera, tenía razón al insistir en que esa historia debía ver la luz. A partir de ahora, sus personajes permanecerán en la memoria y le dan las gracias por darles vida.

CAPÍTULO I

A Sergi no le había sentado bien aquella última cerveza que en solitario se había tomado en el bar de Pedrola. Hizo un último trago y, de un golpe seco, la dejó sobre la barra dando por finalizada su presencia en el bar.

–Para mi gusto, estas almendras que me has puesto están demasiado saladas –se quejó al camarero mientras salía por la puerta–. Y alguna estaba amarga.

El camarero le dirigió una mirada de indiferencia, se encogió de hombros y sin mediar palabra siguió preparando la copa de *Magno* para la mesa situada junto a la máquina tragaperras.

–¡Están cargados de manías, estos de la capital! –murmuró en voz baja mientras lanzaba una mirada de complicidad al único cliente que quedaba en el bar.

Durante unos instantes, Sergi recorrió con la mirada la plaza del Arenal ya casi desierta, iluminada tan solo por aquellas farolas de luz amarillenta que tan poco le gustaban.

–Son para ahuyentar a los mosquitos –le había dicho en una ocasión Marçal, el alguacil.

Sergi se dirigía al castillo. A la altura del molino, junto al río, se detuvo ante un grupo de jóvenes que estaban de cháchara, apurando sus botellines de cerveza antes de irse a sus casas.

–¿Qué hora es? –les preguntó.

–Las doce y cuarto –contestó el que parecía llevar la voz cantante.

–Pues me voy a trabajar un rato. Hoy todavía me quedan cosas por hacer.

–¿A estas horas vas a trabajar? Seguro que tienes algún rollito allá arriba –le dijo con sorna dirigiendo la mirada hacia el castillo.

–Mi trabajo requiere tranquilidad, paciencia y silencio, y estas son las únicas horas del día en las que lo tengo todo –respondió molesto por la insinuación.

Tomó el camino que conducía al castillo atravesando el barrio antiguo. A medida que iba avanzando, las voces de la noche se iban haciendo cada vez más presentes. A la altura de la Iglesia Vieja se remojó la cabeza en la fuente. Se acercó hasta la plaza de la Sanaqueta; observó como el río iluminado por la luna discurría lentamente delante de sus pies hasta desaparecer. La vista desde aquel punto le transmitía tranquilidad y el aire fresco que desprendía le evadía del mal trago en el que estaba metido y que en cualquier momento podía caerle encima como una pesada losa.

Desde la distancia, una sombra observaba sus movimientos. Vio como Sergi se sentaba en el suelo apoyándose contra el muro, respirando profundamente. Pasados unos momentos le oyó vomitar y, en aquel momento, no pudo esconder la satisfacción de comprobar que todo funcionaba según el plan previsto.

Sergi trabajaba en el castillo; en realidad podía decirse que casi vivía en él desde hacía dos meses. Como jefe del equipo de arqueología encargado de la restauración de los diferentes espacios, murallas, refectorio y la zona de las caballerizas, se había instalado en un pequeño recinto donde disponía de todo lo necesario para llevar a cabo los trabajos que *La Generalitat de Catalunya* le había encomendado. *La Generalitat* le pagaba la estancia y manutención en una casa de turismo rural del pueblo. A pesar de ello, las noches que había dormido allí durante las últimas semanas podían contarse con los dedos de una mano.

Decían las malas lenguas en el pueblo que le habían visto a menudo ir al castillo a aquellas horas de la noche acompañado por Jana, una chica que no medía más de metro sesenta, cabello de media melena y diez años más joven que él, que se había incorporado hacía unos meses en su equipo de trabajo.

Al principio, Sergi regresaba a Barcelona todos los fines de semana para estar con Raquel, su compañera inseparable desde hacía ocho años. Estos viajes se habían ido espaciando últimamente, y Raquel intuía que las cosas no andaban muy bien entre ellos. Aunque Sergi lo negara, había notado que su carácter había cambiado; se había vuelto más reservado y parecía traerse algo entre manos. Después de compartir cama y mesa durante ocho años, hay cosas que no se pueden esconder a una mujer.

Raquel, que era una persona directa y de tocar con los pies en el suelo, tenía fama de tener mal carácter; quizás el hecho de ser la tercera de cuatro hermanos, todos chicos, había ayudado a ello. En el último viaje de Sergi a Barcelona, harta ya de intentar de buenas formas averiguar lo que estaba ocurriendo ya le había advertido:

—Sergi, ¿vas a contarme de una vez qué está ocurriendo?, ¿o prefieres que montemos un cirio de un par de narices? Sea lo que sea, puedes decírmelo. No hay nada que me moleste más que no saber qué está ocurriendo, por más gordo que sea.

—¡Es una cuestión de Estado! —se limitó a contestar—. Algún día podré contártelo todo con más detalle, pero ahora, por nuestra seguridad, la tuya y la mía —remarcó— no te conviene saber nada más.

—¡Vamos, Sergi, por el amor de Dios! —contestó con incredulidad—. ¿En qué siglo crees que estamos viviendo? O tú me la estás pegando con otra o te has fumado algo —concluyó, no sin antes advertirle alzando el tono de voz—. Si me estás poniendo los cuernos ¡te juro por tu madre que saldrás en las portadas de los periódicos!

En realidad, esta había sido la última conversación que hasta el momento habían mantenido Raquel y Sergi.

Durante los días siguientes, Sergi había intentado llamarla por teléfono sin éxito. Raquel no había contestado a sus llamadas. Tenía la certeza que Sergi le estaba ocultando algo importante y no estaba dispuesta a ponérselo fácil.

Todavía resonaban en su interior sus palabras: «¡Una cuestión de Estado!» –le dijo sin inmutarse–. Pero ¿se cree que me chupo el dedo? La próxima semana me presento en el pueblo y no regreso sin saber qué es lo que ocurre.

A la mañana siguiente, Sergi no se presentó a su trabajo. Tampoco lo hizo al día siguiente, ni tampoco al otro. A menudo iba a Tortosa por cuestiones de trabajo, pero en esta ocasión nadie tenía constancia de ello.

Al tercer día, los compañeros del equipo de arqueología, después de comprobar que Sergi tenía el teléfono móvil permanentemente desconectado, comunicaron su supuesta desaparición tanto a los *Mossos de Esquadra* como a la Delegación de *La Generalitat* de Tarragona.

Las primeras investigaciones llevadas a cabo por la policía, con las personas con quienes Sergi había mantenido contacto las últimas horas previas a su desaparición, constataron que no había llegado al castillo aquella noche, puesto que la alarma no había sido desconectada.

El informe fijó la hora de su presunta desaparición entre las doce y media y la una de la madrugada.

Sonó el timbre de la puerta.

Raquel observó por la mirilla de su casa del *Barrio del Eixample* de Barcelona antes de abrir la puerta; lo hacía por costumbre desde que hacía un tiempo tenía la sensación que alguien la seguía. Al otro lado de la puerta, dos miembros de la policía de Catalunya, los *Mossos de Esquadra*, permanecían a la espera con cara de circunstancias. Abrió la puerta presagiando que la presencia de

aquellos dos personajes uniformados no podía traer nada bueno.

–¿Es este el domicilio de Sergi Muntades?

–Sergi vive entre aquí y las excavaciones arqueológicas de Miravet, en las Tierras del Ebro. Ocurre algo?

–Entonces, usted debe ser la señorita Raquel Laguàrdia.

–Puede llamarme Raquel Laguàrdia a secas. Pero ¿pueden decirme de una vez qué ocurre?

–Sentimos traerle malas noticias señorita Laguàrdia. Raquel Laguàrdia –rectificó rápidamente el policía–. El señor Sergi Muntades ha desaparecido.

–¿Que Sergi ha desaparecido? ¿Qué significa, que ha desaparecido? ¿Que no le encuentran? ¿Que le ha ocurrido algo? Pero ¿qué significa esto? –preguntó Raquel.

–De momento, tranquilícese, señora Laguàrdia –intervino el policía en tono conciliador pero añadiendo con autoridad–. Todas las hipótesis están abiertas. Desde el suicidio, un accidente, un secuestro, incluso podría tratarse de un homicidio.

–¿Un homicidio? ¡Venga, hombre! –Ironizó Raquel, con cara de incredulidad–. ¿Quién querría hacer daño a Sergi?

–Sabemos que hace unos días usted y el Sr. Muntades tuvieron una fuerte discusión. Así lo afirman algunos de sus vecinos –concluyó el policía que hasta entonces había llevado el peso de la conversación–. Incluso tenemos constancia de que hubo serias amenazas por su parte.

–¿Me están acusando de algo? –dijo con aquel tono que, en ocasiones, tanto incordiaba a Sergi.

–Por el momento no la estamos acusando de nada, pero no salga de Barcelona sin comunicarlo antes a la policía. Para cualquier cosa con la que pueda ayudar en la investigación, llame a este número –dijo el policía mientras le alargaba una tarjeta–. Es el número de la comisaría de Mora de Ebro. Pregunte por el subinspector Cardona, que es quien lleva el caso.

Acto seguido, los policías se despidieron con el saludo reglamentario. Raquel no cerró la puerta del todo hasta que escuchó el golpe característico del portal de la entrada del edificio. Se dejó caer sobre aquel sofá que había compartido infinidad de veces con Sergi, viendo la tele medio adormecida y, sin acabar de creerse lo que le estaba ocurriendo, empezó a comprender sus palabras:

–Por tu seguridad y la mía –le había advertido.

Tenía un sentimiento confuso, una mezcla de rabia y culpabilidad, y no entendía como ella, que se consideraba una honrada profesora de la *ESO* de una escuela pública del *Barrio del Raval*, de repente alguien pudiera creerla capaz de hacer daño a otra persona, y mucho menos a Sergi.

Su primera reacción fue la de llamar a alguna de sus amigas, pero finalmente no lo hizo. Eran maestras, como ella; sabía que estaban de vacaciones y no quería arruinarles el día.

Aquella noche se le estaba haciendo muy larga, por todo lo que le estaba pasando, por lo que podía haberle ocurrido a Sergi, por el calor húmedo de los veranos en Barcelona y porque podían acusarla de homicidio.

–No me lo puedo creer –se lamentaba de madrugada sentada junto a la mesa de la cocina, mientras con la cucharilla removía su ración diaria de cereales en un vaso de leche de soja fría de la nevera.

Raquel era deportista y un par de veces por semana salía a correr para mantener en forma aquel cuerpo esbelto que Dios, con su generosidad, le había concedido. Cuando, en alguna ocasión, ella y Sergi habían discutido o simplemente cuando estaba preocupada por temas de la escuela, también lo solucionaba corriendo y eso era precisamente lo que iba a hacer en aquel momento. El mero hecho de correr de cuatro a cinco kilómetros por la ciudad la mantenía en forma, y ahora más que nunca le ayudaría a mantener la cabeza fría para aclarar las ideas.

Se vistió con las mallas piratas y una camiseta negra que se había comprado en *Decathlon*. Se calzó las zapatillas deportivas minimalistas y, después de recogerse el pelo con una pinza, bajó las escaleras de tres en tres hasta salir a la calle.

El camión cisterna del ayuntamiento, que regaba la calle en aquel momento, llamó momentáneamente su atención. Hizo una inspiración profunda y el olor de la calle mojada le llenó los pulmones con una sensación de bienestar.

Bajó corriendo a su ritmo por el Paseo de Gracia hasta la Plaça de Catalunya. Al final de la Rambla se empezaban a insinuar las primeras luces del día. Giró a la izquierda por la acera de *El Corte Inglés* hasta la Plaça Urquinaona y de allí continuó en dirección al mar por la Via Laietana. Al pasar al lado de la Comisaría a la altura de la calle Condal, le pareció que todo el cuerpo de policía la estaría observando, pendiente de cualquier movimiento que pudiera implicarla en algún imaginario hecho delictivo. De vez en cuando volvía la vista atrás para cerciorarse de que nadie la seguía. Se juró en su interior que la próxima vez cambiaría de ruta.

Al llegar a la catedral giró a la derecha para continuar por aquellas calles y callejones que ella tan bien conocía. Los bares y las pastelerías ya habían levantado sus puertas y el olor a café y a *croissant* recién hecho estaban presentes en el ambiente. Se secó el sudor de la frente con la muñequera, continuó hasta la Plaça de Catalunya y desde allí volvió directa hacia su casa.

—Veintisiete minutos, treinta y dos segundos —constató mientras paraba el cronómetro en el portal de entrada del edificio de su casa.

Después de realizar unos breves ejercicios respiratorios siguió la tabla de estiramientos correspondientes ayudándose de los peldaños y de la barandilla de la escalera.

Cuando consideró que ya era suficiente subió las escaleras hasta su piso en busca de una ducha reparadora.

Eran los primeros días de julio. Raquel acababa de iniciar su periodo de vacaciones y hasta la última semana de agosto no le esperaban de nuevo en la escuela. Tenía dos meses por delante y tenía muy claro que no podía quedarse de manos cruzadas ante aquella situación.

No estaba dispuesta a permanecer inmóvil junto al teléfono a la espera de una llamada que pusiera punto y final a aquella inesperada historia.

–Te encontraré Sergi –reflexionó en voz baja mientras se secaba el pelo todavía húmedo con una toalla que le había bordado su madre—. No sé si me estás engañando o de verdad te ha ocurrido algo peor, pero en cualquier caso lo averiguaré –concluyó inmersa en un mar de dudas.

A media tarde, Raquel mostró su interés por una camiseta de tejido inteligente a un comercial de la sección de ropa deportiva. Mientras el vendedor se esmeraba por mostrar las novedades que aportaba este tipo de material, Raquel observaba disimuladamente, de reojo, a su alrededor, intentando averiguar si alguno de los supuestos clientes que se encontraban en aquella sección de *El Corte Inglés* era alguno de los policías que el día anterior habían acudido a su casa a comunicarle la desaparición de Sergi.

A pesar de que quería mantener el control de la situación, era evidente que Raquel estaba descentrada y que todo le estaba afectando más de lo que podía imaginar.

–Gracias, muy amable por sus explicaciones, pero de momento creo que seguiré con mis camisetas de siempre –resolvió Raquel con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

El vendedor, sorprendido por aquella decisión inesperada y disimulando la decepción por la pérdida de una posible venta, reaccionó con una formalidad:

–Cualquier cosa que necesite ya sabe dónde encontrarnos –fue la respuesta mientras empezaba a recoger aquel montón de camisetas de todos los colores.

–¿Te interesa la ropa deportiva? –oyó que le decía una voz a su izquierda. Raquel giró la cabeza y se encontró con un hombre joven, de unos treinta y cinco años, buen porte, pelo corto y aspecto de deportista. El hombre tenía puesta la atención en un expositor, las perchas del cual iba pasando con la mano derecha entreteniéndose de vez en cuando en alguno de los artículos, como si realmente estuviera interesado en alguno de ellos.

–¿Nos conocemos de algo? –reaccionó rápidamente.

–En realidad no lo creo. Si nos hubiéramos visto antes seguramente te recordaría. He visto que te interesabas por el tejido inteligente y eso me ha llamado la atención.

–¿Qué tiene de especial que una mujer se interese por una camiseta de tejido inteligente? –le preguntó Raquel tratando de ponerle en un compromiso.

–Bueno, en realidad, hace un tiempo colaboré con la *Universidad Rovira y Virgili* de Tarragona en un proyecto sobre un tejido inteligente capaz de diagnosticar el estado de salud de las personas.

–Pues como el proyecto salga adelante, ya veo a la mitad de los médicos de la Seguridad Social haciendo cola en las oficinas de *INEM* –dijo Raquel para quitar presión a aquellas últimas veinticuatro horas que le estaban cambiando la vida.

El desconocido, con una sonrisa franca, le respondió:

–Espero no ser yo el responsable si eso ocurre. Me llamo Robert Codina –añadió alargando la mano– y si me lo permites, te diré que hoy he tenido un día de perros. Me han despedido del trabajo.

–Pues mira, ¡ya somos dos! Raquel Laguàrdia –contestó en un impulso irresistible de sinceridad.

–¿También te has quedado sin trabajo? –se apresuró a preguntar Robert.

–¡Peor que eso! Pero sería muy largo de contar y ahora no me apetece hablar de ello –reaccionó viendo que estaba mostrando demasiada confianza a un desconocido.

–¿Quizás otro día? –insistió Robert.

–Quizás...

A continuación siguió revolviendo la ropa de las perchas como si realmente estuviera buscando algún artículo en concreto.

–Si visitas a menudo esta sección quizás nos veremos en alguna otra ocasión –insistió Robert en un último intento de coincidir de nuevo con ella.

–Lo que busco solo puedo conseguirlo en *Decathlon*. Si no lo encuentro, mañana regreso aquí de nuevo. He visto una pieza que ya me encaja –respondió Raquel para quitárselo de encima.

Al día siguiente Raquel tenía claro que se iba a Miravet. Quizás hablando con los compañeros de trabajo de Sergi podría hacerse una idea más clara de lo que podía haberle ocurrido.

No fue al *Decathlon*, ni tampoco a la sección de ropa deportiva de *El Corte Inglés*. Al fin y al cabo, no había sido más que una excusa per librarse del tal Robert, aunque en el fondo no parecía mala persona. Ahora tenía la mente centrada en saber qué le había ocurrido a Sergi, y esa era su única preocupación.

Dio un repaso a la maleta para asegurarse de que no había olvidado nada para pasar dos semanas fuera. Se dio cuenta de que le harían falta algunos calcetines y unas camisetas que había visto el día anterior. Pasaría un momento de nuevo por *El Corte Inglés* y asunto concluido.

Recordó las palabras de los policías que unos días antes le habían comunicado la desaparición de Sergi:

–No salga de Barcelona sin antes comunicarlo a la policía –anunció solemnemente alzando el dedo índice intentando imitar una voz de hombre.

El teléfono sonó dos veces; a la tercera, una voz en un tono muy correcto contestó:

–Policía Nacional de Catalunya, buenas tardes ¿en qué puedo ayudar?

–Buenas tardes, me llamo Raquel Laguàrdia y quiero hablar con el subinspector Cardona.

Justo comenzaba a sonar por el auricular la música de cortesía cuando ya le habían pasado la llamada.

–Soy la compañera del arqueólogo del Castillo de Miravet, Sergi Muntades...

–Ya sé quién es –interrumpió una voz al otro lado del teléfono en un tono seco que no le inspiró mucha confianza–. Soy el subinspector Cardona.

–Solo quiero comunicarle que me voy unos días al pueblo de Miravet.

–Y ¿cuáles son los motivos que la mueven a hacer semejante excursión?

–Pues mire usted, subinspector Cardona –respondió Raquel sintiéndose ofendida por la desconfianza–. He pasado muy buenos momentos junto a Sergi las veces que hemos ido a Miravet y ahora me apetece volver. Además, a la policía se le puede haber pasado por alto algún detalle.

–¿Hay alguna información que nos esté ocultando? –se apresuró a preguntar el policía.

–¡Ni le oculto, ni dejo de ocultarle nada! –respondió con contundencia Raquel–. Así pues, ¿hay algún inconveniente en que me desplace unos días a Miravet?

–Inconveniente no veo ninguno, Raquel Laguàrdia –afirmó el subinspector– pero le recuerdo que usted está en una lista de posibles sospechosos y que cualquier cosa que haga, puede perjudicarle más que no ir en beneficio propio. Por otro lado, le aconsejo, por su seguridad –recalcó– que no se meta allí donde no la llaman y deje que la policía haga tranquilamente su trabajo. Si, a pesar de mis recomendaciones, sigue con la idea de pasar unos días en Miravet, ¡usted sabrá lo que hace! En cualquier caso, debe comunicarme el domicilio donde va a alojarse y los números de teléfono fijo y móvil para que podamos localizarla en caso necesario.